

DE LA NECESIDAD LÓGICA DE AMPLIAR LOS  
CONOCIMIENTOS ANATÓMICOS, MEMORIA  
PRESENTADA Á LA ACADEMIA DE MEDICINA, 1866.

Sr. Dr. D. Juan Giné y Partagás.

Muy señor nuestro y apreciable profesor: los estudiantes de medicina infrascritos, anhelosos de pagar un tributo de admiración al mérito y á los esfuerzos para los adelantos positivos de la ciencia; y deseosos al mismo tiempo de embeberse en los sanos principios que campean en la Memoria que leyó usted en la Academia de Medicina en la noche del 4 del corriente, hemos acordado suplicar á usted se sirva facilitarnos dicho trabajo para hacerlo publicar á nuestras expensas; seguros de que usted no ha de ver en ello más que una débil manifestación del aprecio que nos merece como profesor y amigo.

Interin aguardan se digne contestarles, se repiten de usted sus afectísimos amigos y seguros servidores. — *Siguen 120 firmas.*

Barcelona 11 Diciembre de 1865.

A LOS ESTUDIANTES DE MEDICINA

Mis apreciables amigos: con tanto placer como sorpresa, me he enterado de la carta en que me noticiáis que habéis acordado pedirme el desaliñado escrito que leí en la Academia el día 4 del corriente, para darlo á la imprenta, queriendo que vea en este acto un tributo de vuestra consideración á mis escasos merecimientos.

No sería mi pluma bastante elocuente para expresaros el agradecimiento que del fondo de mi alma se subleva ante manifestación tan espontánea; mas, para que podáis hallar la medida de este sentimiento, me atrevo á conducirlos á admirar desde el punto en que yo la admiro la grandeza de vuestra generosidad.

Os cedo, sí, gustosísimo, y os incluyo el borrador de la Memoria, para que hagáis de ella el uso que queráis; hay más, me atrevo á suplicaros que, en el caso de que pase adelante vuestro deseo de imprimirla, siquiera sea escaso el mérito literario y científico de esta obra, aceptéis el derecho de *propiedad exclusiva*.

Permitidme, al terminar, que, á fuer de experimentado, os dé un consejo prudente: si hacéis imprimir vuestra carta y la mía con la Memoria, abstenéos de publicar vuestros nombres al pie del escrito, porque en vuestra endeblez de alumnos, debéis evitar compromisos que sólo pueden arrostrar hombres independientes. Me bastará retener en mi poder la carta con vuestras firmas que he recibido, para, si al caso viene, convencer de la verdad á los escépticos, que aun los hay de corazón desjugado, incapaces de comprender que el entusiasmo pueda brotar de otro origen que el sórdido interés.

Aprovecho tan grata ocasión para reiteraros la seguridad de mi afecto entrañable, no deseando más que ocasiones para seros útil vuestro amigo

JUAN GINÉ.

Barcelona 14 de Diciembre de 1865.

*Chymia egregia ancilla medicinæ;  
non alia peior domina.*

LIND.

Muy Ilustre Sr. :

Señores académicos: Mucho, muchísimo se puede exigir de aquel que, por un acto libérrimo de su voluntad, se expone á que le juzgue el criterio de un público tan ilustrado cómo el que me hace gracia de su atención; en casos tales, para salir bien librado del empeño, es indispensable atesorar un caudal de conocimientos muy superior al que forma mi insignificante patrimonio, ó disponer al menos de los encantos del arte de buen decir, para á fuerza de galanura en la frase, amenguar el mal efecto de la carencia científica.

Os lo digo ingénuamente, ni una ni otra cosa puedo ofreceros: si tratase de acumular á vuestra vista todo mi mérito científico, me veríais tan indigente que bien podríais calificarme de osado; y si de intento me encomendare á la elocuencia, aun habríais de verme más exiguo en recursos.

Así me he mirado y así me he reconocido; y ya véis que en tal estado no me quedaba más que un camino: ahuyentar el compromiso que voluntariamente me impusiera: desistir.

¡Desistir! ¿Más cómo, si el deseo aguzaba incesantemente su estímulo? ¿Cómo abandonar el empeño, si los encumbrados timbres que siempre ha merecido esa ilustre corporación hacían sentir más y más vehemente el grito de la necesidad de participar de tanta gloria? ¿Si la perspectiva, en fin, de las caudalosas y cristalinas fuentes de sabiduría que este recinto alberga, enardece más y más la sed de saber, y acrecienta sin cesar el anhelo de beber en ellas?

Cónstame, además, que aquí donde tanta ilustración se encierra, hay no menos copia de indulgencia. ¿Qué, sino era tolerancia, que también frater-

niza con el saber, coronó con el título de socio corresponsal al humilde trabajo que hace tres años tuve la honra de dirigiros ?

Ya lo véis : soy por vuestra buena voluntad casi vuestro hermano... ¿ No habrá para mí nuevo perdón, si, anhelando ascender el último peldaño que de vosotros me separa, acudo inerme ó mal armado al palenque que habéis abierto ?

Señores : desde que á principios del pasado siglo, el ilustre Barón de Verulamio, continuando y llevando á perfección la obra de Aristóteles y de Thales de Mileto, arrojó á los abismos de la historia los delirios filosóficos de Pitágoras y Descartes (1), y proclamó con la estentórea voz de la verdad, que se escapaba incólume de las impuras entrañas del error, que el método analítico era la única y positiva fórmula del progreso intelectual ; desde entonces, digo, el humano ingenio, que empezaba á sentirse aliviado del cingulo opresor que hasta aquí le ciñiera una preconcepción filosófica versada en las mal llamadas verdades de conciencia, se lanzó con el raudó impulso de sus divinas alas á libar el néctar de la sabiduría en los floridos vergeles de la Naturaleza ; y allí donde hasta entonces no se vieron sino hechos muertos y desprovistos de valor, porque una extraña filosofía les arrebatava su lozanía natural, las ciencias empezaron á recoger abundante cosecha de elementos de doctrina. El método baconiano, que cual lumínar ardiente fertiliza todos los conatos del entendimiento, engendra la filosofía experimental, y al punto los admiradores de la Naturaleza no pueden saciar su anhelo de saber en la observación, y osan interrogar de mil maneras á los oráculos de Minerva. Los experimentos se multiplican, y no pasa día sin que los adelidos de las ciencias ostenten nuevos trofeos que son otras tantas flamantes conquistas obtenidas á despecho del misterio. Desde entonces la hipótesis, la teoría y el sistema, se desprenden del elevado trono que la antigüedad les dedicara, y vienen á hundirse en el universal desprecio, porque se reconoce que su influjo toca de esterilidad á todo cuanto el entendimiento elabora. Ya el rígido silogismo se reputa arma de mala ley en todas las regiones del saber humano, y sino para algunos ilusos cartesianos que todavía no han querido abrir los ojos á la nueva luz que ríela en occidente, ya no hay verdad que no penetre por los sentidos. *El ego cogito, ergo sum*, deja de ser la piedra angular de la filosofía, que ésta necesita para apoyarse una base más extensa y más sólida ; y así, abandonando la fácil, pero peligrosa pendiente de la deducción, los espíritus se encumbran por la más escabrosa, aunque más certera senda del racionio inductivo.

Todo es comenzar : el justo descrédito en que cayera el racionalismo cartesiano, engendra al punto un ardor nunca visto en la observación ; ésta y el experimento son las únicas vías por donde se deslizan las ciencias ; ya no se hace más que recoger hechos ; se prohíbe terminantemente que el espíritu los elabore ; y así nace un empirismo que no carece de peligros ; de la oligarquía científica de los pasados tiempos, se viene á parar á una anarquía caótica que confunde los lindes de los estadios científicos. Ya no hay un mojón que separe los campos de los ramos del saber ; las ciencias, como esos

---

(1) En el rigor cronológico de las fechas de nacimiento, primero es Bacon que Descartes ; Bacon nació en 1561, y floreció en 1620 ; al paso que Descartes vino al mundo en 1596, y su doctrina reinaba por el año 1645. Pero la filosofía de Descartes, que imperó en el siglo xvii, precedió al reinado de la del Canciller de Inglaterra, que no alcanzó el colmo de su proselitismo hasta el siglo xviii.

gigantescos castillos de entumecidas brumas, que el sol poniente dora y esmalta de colores mil, confunden sus vagos contornos, y ya no es permitido delinear con acierto la majestuosa silueta que proyectan. Si no fuese de mal gusto la frase, diríamos, *que las ciencias se han hecho sub-intrantes*.

Ya no hay quien interprete dignamente el programa de Bacón, que, al descargar un rudo golpe al método sintético, entronizando para siempre el procedimiento *à posteriori*, no quiso vedar los frutos sazonados del discurso. Condillac, á la cabeza de los ultra-baconianos, llega á negar la existencia de la *síntesis*, pues la considera como un absurdo, y no acierta á observar, que, huyendo de la *síntesis*, se va haciendo un gran sintético. De aquí data el encarnizamiento, rebajado hoy día á ojeriza, con que aun algunos miran á las hipótesis y á las teorías; de ahí el descrédito de los sistemas.

Dos ciencias analíticas por excelencia, la Anatomía y la Química, templadas al fuego del entusiasmo experimentador que distingue el siglo XVIII, adquieren bríos imprevistos. Tanto se preocupa la primera de descartarse de las quimeras con que la han ido cargando los sistemas médicos, que, en verdad, se ve obligada á limitar muy modestamente sus conatos; y así los Vic d'Azyr, los Chaussier y los Dessault, no hicieron más que esclarecer el camino que otros desbrozaron, si el excelso ingenio del malogrado Bichad no viniera en la vigorosa ancianidad del siglo á que nos referimos, á inaugurar para la ciencia una era de mayor gloria con la concepción de la *Anatomía de los tejidos*, cuyo texto fué el primer astro luminoso que brilló en el firmamento científico de nuestro siglo.

Entre tanto la otra ciencia experimental, la Química, libre ya desde muchos años del vergonzoso lazo de parentesco que la uniera con su prostituída madre la Alquimia, hacía progresos asombrosos; Lavoissier descomponía por su cuenta el aire atmosférico, y de común acuerdo con Fourcroy, Guyton de Morveau y Berthollet, inventaba para la ciencia una tecnología preciosa, llamada en breve plazo á dar ópimos frutos.

Poco después, el genio del experimento no encuentra bastante desahogo en los ámbitos del mundo inerte, é invade á la materia organizada; la divide, la descompone y la estudia con tal minuciosidad, y escrúpulo, que bien puede apellidarse la *Química anatómica*, ya que los anatómicos no han tenido aún tiempo para formar la *Anatomía química*.

Por este rumbo marchan las cosas, y así se pasan muchos años hasta llegar muy cerca de nuestros días, sin que la ciencia de la organización tenga bien deslindadas sus atribuciones.

Siéntese, pues, en el día la necesidad de una reforma, por la cual los estudios anatómicos sean conducidos mucho más allá de lo que se suele hacer en el libro, y en la cátedra, si es que se pretende que medie una razón lógica entre la definición de la ciencia y lo que ella hace.

Nada hay que temer: no pedimos una revolución, pero en anatomía, como en todas las derivaciones de la Medicina, hay derecho á aspirar á una reforma. Respetemos lo antiguo, pero probémoslo; ensayemos sus quilates en el crisol del experimento, y á la luz de la lógica, derroquemos el error, siquiera se encubra con el polvo venerando; sea el nivelador inflexible, el pensamiento libre sostenido en alas de la observación robusta; caigan para siempre de sus elevados pedestales las antiguallas escolásticas, y si es que se ofenden de la luz de nuestro siglo, exaltemos dignamente el porvenir.

Estudiando los seres organizados, el hombre ha creado cuatro grandes ciencias, cuyos conocimientos, como ramos de otros tantos árboles frondosos, se enlazan de un modo tan íntimo, que se necesita poseer un buen grado de sagacidad comparativa para deslindar con acierto su pertenencia respectiva. La Anatomía, la Biotáxia, la Fisiología y la Química llamada orgánica: he aquí los ramos del saber humano que se desprenden de la investigación sobre los cuerpos vivos.

Para poseer una pauta que nos guíe en la dilucidación de las recíprocas atribuciones de estas ciencias, es preciso saber:

1.º Que cada una de ellas se propone lograr con sus estudios un *fin* ú *objeto* diferente.

2.º Que todas ellas pueden también diferir por el concepto de la *materia de estudio*.

Y 3.º Que en todas pueden ser los mismos los *medios de estudio*, sin que esto influya lógicamente en su asimilación.

La Anatomía, pues, es una rama de la Biología, que tiene por *objeto* ó *fin* de sus estudios el conocimiento de la organización, y por *materia de análisis* todas las partes que constituyen el organismo, susceptibles de ser separadas unas de otras sin destrucción química propiamente dicha, y así el dominio de esta ciencia se extiende desde la consideración del cuerpo entero, hasta la de los compuestos que constituyen á éste de un modo inmediato.

La Biotáxia es una ciencia cuyo *objeto* es la ordenación gerárquica de los organismos en una serie general, destinada inmediatamente á servir de base á las especulaciones biológicas, y cuya *materia de estudio* son estos mismos organismos en aptitud para funcionar.

La Fisiología es otra de las ramas de la Biología, que tiene por *fin* de sus estudios el conocimiento de los actos que ejecutan los seres vivos, y por *materia analítica* estos mismos seres en estado de actividad.

La Química, que en toda la naturaleza se propone indagar las condiciones de la actividad de las moléculas, invade el terreno de la Biología, y estudia en los seres vivos lo que hay de especial en las condiciones de la expresada actividad. Así, pues, el *fin* de esta ciencia es conocer la actividad de las moléculas, y su *materia de estudio* en el cuerpo organizado, son los átomos que le constituyen mediatamente.

Por manera, que si pretendemos conocer á donde alcanza la Anatomía, debemos empezar poniendo de relieve los caracteres que distinguen á esta ciencia de las que se le parecen más ó menos por su *objeto*, por su *materia de estudio*, ó por sus *procedimientos de investigación*.

La Biotáxia saca todas sus verdades de la Anatomía; es un ramo injertado en esta ciencia, que no produce frutos anatómicos, sino que da productos especiales. Ella, viendo comprobado por la Anatomía que existe una correlación armónica entre las partes de un todo orgánico, deduce de la configuración exterior del cuerpo la conformación interna del mismo, y así, apoyada en esta base, ordena los seres en grupos; específicos primero, genéricos después, luego clásicos, y, últimamente, típicos. De esta manera, por la marcha analítica, llega á la posesión de verdades sintéticas, gracias á las cuales, por la inspección superficial de un vegetal ó de un animal cualquiera, llegamos á conocer su conformación interior.

Ninguna dificultad se hace evidente en la distinción que acabamos de

establecer entre la Anatomía y la Biotáxia ; todos se hacen cargo de ella sin oposición ; mas no sucede otro tanto con la diferencia que cabe observar entre aquella ciencia, la Fisiología y la Química. Es que el uso ha consagrado sin motivo un error, que ya es urgente corregir. La Anatomía descriptiva no se ocupa más que de los sólidos del cuerpo organizado ; el estudio de los humores se ha confiado alternativamente á la Fisiología y á la Química.

Ensayad mentalmente la construcción de un todo con los solos materiales cuya historia se encuentra en nuestros tratados de Anatomía, y decidme, ¿ se llegará con ellos á obtener otra cosa que un cuerpo dotado á lo más de la mitad de las condiciones necesarias para vivir ? La bilis, la saliva, la sangre, ¿ dónde se estudiarán ? ¿ Por qué tanto empeño en no querer considerar á los líquidos del organismo como materia anatómica ? ¿ Son acaso ellos menos importantes que los órganos para la realización de los fenómenos de la vida ? Y si el *mutuo consorcio* nos los presenta combinados, ¿ por qué divorciar estudios, que naturalmente deben estar asociados ? Ya que no se quiera, como pretende Robin, añadir una parte á la Anatomía, que bien pudiera denominarse *Higrología*, cúidese de estudiar después del órgano secretor el líquido segregado ; la orina tras el riñón, la bilis después del hígado, y el humor contenido, inmediatamentē después del órgano continente ; la sangre al lado de los vasos.

Para justificar el sitio que los humores habitualmente tienen en Fisiología, se ha dicho que debe esta ciencia ocuparse especialmente de ellos, porque sin su concurso no podrían explicarse los actos de la vida. Pero, ¿ acaso para darnos razón de las funciones, tendrá más importancia el líquido que el sólido de la economía ? Y si el órgano es igualmente interesante que el humor, ¿ por qué entonces la Fisiología no se especializa en el estudio de los órganos ? ¿ Por qué los fisiólogos, al hablar de las funciones, se refieren siempre á los tratados de Anatomía en todo cuanto se relaciona con la historia estática de las partes más densas ?

Los químicos, á su vez, en vista de que el estado líquido de los humores no permite emplear el escalpelo ni la aguja, sino que es necesario echar mano de filtros, de retortas, de cápsulas y evaporaderas para analizarlos, hánse creído con motivos bastante poderosos para invadir por este flanco el legítimo terreno de la Anatomía. Y abierto han encontrado el camino, porque los anatómicos por su parte, poco versados en el manejo de los instrumentos químicos, han pensado que no era de su cometido la análisis de los humores.

Tan pueriles distinciones no pueden subsistir en estudios serios, y pensamos con Robin y Verdeill, « que ya es tiempo de que los anatómicos se pongan en estado de hacer por su cuenta este estudio, aprendiendo el empleo de los instrumentos para el manejo de los cuales ha sido hasta ahora preciso acudir á los químicos » (1).

La Anatomía, pues, se distingue esencialmente de la Fisiología en cuanto aquella ciencia estudia el agente de la vida, al paso que ésta se ocupa exclusivamente de los actos vitales. La materia de estudio de la primera, es el organismo en quietud, pero á punto de obrar ; la materia analítica de la segunda, es esa misma organización en movimiento, ó para hablar con más propiedad, los movimientos de la organización.

(1) Robin y Verdeill. — *Traité de Chymie anatomique*, t. I, pág. 30.

Frecuentemente se confunden los materiales de estudio de la Anatomía y de la Química, pero siempre se distinguen una de otra por su *fin*: la Anatomía se propone escrutar los secretos de la mecánica viviente, y la Química lleva por norte darse cuenta de los movimientos que ejecutan los átomos bajo el imperio de sus respectivas afinidades.

Si las palabras conservasen para siempre en las ciencias su genuina significación etimológica, tanto valdría decir *Anatomía* como *Dissección*: *Ana*, que en composición significa *reduplicación*, y *temno*, *cortar*, son las radicales griegas de que se formó aquella palabra, equivalente por completo á *Dissecare*, esto es: *partir por medio*, que es el verbo latino de donde se origina la última. Pero las conveniencias tecnológicas, haciendo sentir la precisión de poseer dos voces distintas, para expresar con una la ciencia de la organización, y con otra uno de los procedimientos analíticos que ésta emplea con más frecuencia, han obligado á dilatar el significado de la primera, haciéndola expresiva de una ciencia, y á restringir en sus alcances etimológicos, limitándola á expresar un arte ó un procedimiento analítico, el valor de la última. De aquí resulta, que quien dice Anatomía no dice precisamente Dissección; confundir estas dos palabras, valdría tanto como tomar el medio por el fin.

Siendo muy variadas las condiciones de las partes del organismo que debe estudiar el anatómico, no es posible aplicar á todas ellas idénticos medios de exploración; antes al contrario, en cada uno de estos órdenes de partes, es preciso valerse de procedimientos adecuados, no sólo á la naturaleza de la materia que se analiza, sino en relación con el objeto que de la análisis nos proponemos obtener.

De ahí resulta, que la Anatomía comienza mucho antes que la Dissección, y termina aun mucho más allá de donde alcanza la división del organismo por los medios mecánicos, únicos de que dispone el arte de disecar. En efecto: antes de penetrar en la intimidad del cuerpo, es preciso considerarlo como un todo ó conjunto, tal como naturalmente se nos presenta. Este es el primer paso de la análisis anatómica, que, comprendiendo el estudio de las partes exteriores, se hace sin el auxilio de instrumentos especiales, porque para esto bastan los sentidos de la vista y tacto. Por este examen se observa, por ejemplo, que la cabeza está sostenida por el cuello, el cual estriba en el tronco, de donde penden los miembros, etc.

Inmediatamente sigue el estudio de las partes interiores, que son los *aparatos*, los cuales se dividen en *órganos*, susceptibles de ser agrupados ó clasificados en *sistemas*, los cuales, á su vez, constan de *tejidos* y de *humores*, que se pueden reducir á un cierto número de *elementos anatómicos* y *principios inmediatos*.

En la elección de los procedimientos analíticos para estudiar estas partes, conviene saber, que no es indiferente que la materia anatómica sea el órgano, el humor, el tejido, el elemento anatómico, ó el principio inmediato, porque, lo hemos dicho, los medios de investigación que conviene emplear son diferentes á proporción que cambia la naturaleza de las partes, y el objeto final del estudio que se emprende.

Como en la economía orgánica, cuanto más sencillas son las partes, más se requiere que sea íntima su recíproca unión para que resulte un todo homogéneo; y como á medida que esta simplicidad es mayor, más se aproximan

al grado de combinaciones químicas los lazos que vinculan recíprocamente las partes del organismo, resulta que la complicación y dificultad de los procedimientos analíticos está en razón inversa de la complicación de las partes que hay que estudiar.

Mientras la investigación anatómica se ejercita en los aparatos y en los órganos, el escalpelo basta para la separación de las partes; la Disección es el único procedimiento que emplea la Anatomía. En el examen de los tejidos se acude también á la Disección para aislarlos; más como ya en éstos importa conocer los cambios de que son susceptibles bajo la influencia de la acción química de los agentes físicos y de los diversos reactivos, y como conviene además apreciar los caracteres organolépticos por los que se revelan á nuestros sentidos externos, es necesario añadir á la Disección otros procedimientos algo más complicados, tales como la filtración, la evaporación, la cocción, la desecación, la acción del fluido eléctrico, la de los ácidos, la de los álcalis, etc. Para la inspección de los elementos anatómicos, se apela también á los mismos recursos analíticos; mas, siendo el volumen de estas partes muy diminuto, ó muy escasa la cantidad de que de ellos podemos disponer, es preciso que el ojo se presente armado de la lente ó del microscopio para amplificar la órbita de las impresiones. No obstante, siendo ya demasiado íntima la unión de los elementos anatómicos, de poco ó de nada sirve la Disección para aislarlos, y es preciso emplear los recursos de la análisis química, si queremos vencer la trabazón que los mantiene reunidos.

Todavía es más complicada la unión de los principios inmediatos; que son *las últimas partes á que se viene á parar con la análisis anatómica*, que así se llama á la que versa, *no en la destrucción química, sino en la separación de las substancias del cuerpo organizado*. Con motivo de esta intimidad de unión, debe su extracción encomendarse por completo á los procedimientos químicos. Los principios inmediatos se encuentran formando integralmente los sólidos, y constituyen de un modo no menos esencial á los humores.

Aplicando los recursos físico-químicos al examen de los humores, nos es permitido separar unas de otras las substancias que en ellos se encuentran; en este estado el microscopio viene á demostrar que en los productos líquidos existen elementos anatómicos exactamente idénticos á los que forman á los sólidos. Sujetando á la acción del calor á los humores, se alcanza separar por evaporación algunos principios inmediatos tales como la fibrina y la albúmina. Entonces nos resta un líquido seroso y menos denso, sobre el que se puede actuar por medio de una evaporación gradual, que da por resultado la precipitación, primero de las substancias menos solubles, y luego de las que están más íntimamente disueltas en el suero. En éste se puede luego actuar por medio del alcohol y del éter, y por esta marcha se llega á obtener la cristalización de principios que aun son más solubles en los ménstruos normales y naturales de la economía.

Si después de haber obtenido la separación de los elementos anatómicos y de los principios inmediatos, suponemos que continúa la acción descomponente de los agentes físico-químicos, veremos que las partes se destruyen, y que el organismo se reduce á los llamados *principios elementales*, que son, ó cuerpos simples, ó compuestos binarios ó ternarios exactamante iguales á los que presenta el reino inórganico. En este estado es evidente que la análisis ya no es anatómica, sino química, y que, por consiguiente, el estudio de



la composición elemental mediata, está fuera de nuestra ciencia. No es anatómica, porque ya no son sus resultados una mera separación de partes, que en la economía estaban continuas ó contiguas, en mezcla ó en suspensión, sino que hay destrucción de verdaderas combinaciones moleculares; la albúmina no deja de ser albúmina porque se la separe ó extraiga del suero; pero perderá la esencia que guardaba en el cuerpo organizado, desde el momento en que se la reduzca á oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe. Es, en fin, química esta análisis, porque el reactivo actúa de un modo directo sobre la afinidad molecular, provocando una descombinación, seguida ó no, de combinaciones nuevas.

Si diseccionar significa dividir, es decir: separar, aislar, extraer, unas de otras las partes del cuerpo organizado, es preciso declarar que así se disecciona con el filo del escalpelo, como por medio del calor, que condensa los principios coagulables, ó de la evaporación lenta, que permite la deposición de las substancias poco solubles, ó de los reactivos que determinan la cristalización de otras mejor disueltas; y así el fin es á más no poder anatómico en todos los casos; porque ora empleemos recursos mecánicos, ora nos sirvamos de agentes físicos, ora, en fin, apelemos á los medios por excelencia químicos, siempre nos proponemos estudiar las partes del organismo tal cual ellas son, es decir: sin descomponerlas, sin alterar su agrupamiento atomístico; y de este modo las fuerzas que emplea la análisis anatómica tienden á vencer una cohesión más ó menos íntima; nunca atacan la afinidad molecular.

Pero, se dirá ahora, siendo la mayor parte de los principios de la organización compuestos perfectamente definidos, á la Química atañe de rigor su estudio.

Reciba en hora buena la Química estos principios inmediatos desde el punto en que, desprendidos del organismo y no teniendo ya importancia de partes orgánicas, han perdido su significación anatómica; desde este instante, analícelos, destrúyalos, pruebe sus afinidades respectivas y con otros cuerpos, investigue, en una palabra, su modo de ser, su acción molecular; pero el origen, el crecimiento, la situación, las relaciones, el término, el examen, en fin, de los principios inmediatos en el cuerpo vivo, déjese por completo á la Anatomía. También la Química, á la vez que la Mineralogía y la Geología, estudia los cuerpos inorgánicos; pero, ¿quién confundirá al químico que penetra en la intimidad de los átomos del mineral, con el geólogo que analiza las entrañas del globo terráqueo, para darse cuenta de su antigüedad, de su origen y de las leyes que presidieron en su formación? ¿Qué importa que para ambos una misma sea la materia de estudio? ¿Qué importa que, en dadas ocasiones, el mineralogista y el químico empleen el fuego y el soplete, el fundente y el reactivo, el goniómetro y la copela? ¿Qué importa, decimos, si es diferente el fin que uno y otro se proponen?

Por otra parte, no todos los principios inmediatos del organismo son compuestos definidos: las grasas, la albúmina, la fibrina, no tienen una composición química definida; y para asignar á unos principios un sitio en una ciencia, y á otros un lugar en otra, ¿no sería deleznable el motivo que invocara únicamente el hecho de un agrupamiento molecular, que en unas partes determina formas cristalinas, al paso que á otras las reduce al amorfismo?

Si fútiles son, pues, las razones que han hecho que hasta aquí los humores no hayan sido estudiados por la Anatomía sino por la Química y la

Fisiología, no las hay más valederas para que el examen de los elementos anatómicos y de los principios inmediatos, siga corriendo por cuenta de los químicos.

Es hora ya de que la Esteckiológia, desprendiéndose por completo de la Química, venga á formar una rama interesantísima de la Anatomía, porque, si en aquella ciencia halló hasta ahora condiciones abonadas para nacer, no encontrará en adelante el mejor ambiente para medrar y obtener la importancia á que está llamado el estudio de los elementos anatómicos y de los principios inmediatos, verdadera clave de las explicaciones más precisas de las cuestiones biológicas y patológicas.

Y sino, ¿ por qué se mantiene tan impotente esa Anatomía patológica de los órganos, que se para únicamente en apreciar las modificaciones que éstos ofrecen á la superficie ó al corte grosero? ¿ Por qué no tiene un valor absoluto y no vacilante para las doctrinas biológicas, la inspección normal de los cadáveres? ¿ Por qué, en fin, existiendo una ciencia que descubre la disposición de los órganos, saltan todavía á la arena del mundo médico ridículos sistemas ontológicos que, versando en una hipótesis aventurada sobre la causa de la vida, osan disputar la razón al verdadero realismo orgánico?

¿ Por qué? porque la mejor razón, la más lógica de la vida, no se ha ido á buscar á donde existe; porque nadie se ha curado de preguntar suficientemente á los principios inmediatos, cual es el papel que están destinados á desempeñar en la economía; porque, en fin, mientras los químicos no han hecho más que investigar la composición elemental del cuerpo organizado, no ha habido anatómicos que hayan tratado de estudiar estas mismas partes tales cuales en el organismo existen. Penétrense los sabios de que, si se quiere poseer una idea clara del grado y complicado acto de la nutrición, es conveniente no limitarse á los órganos, sino que en donde principalmente importa estudiar es en los elementos anatómicos y en los principios inmediatos, pues en éstos es en donde se opera de continuo ese movimiento incesante de combinación y descombinación, que forma el acto más radical de la vida. Y así, si provechosos han sido los hechos que la Anatomía ha conquistado bajo el filo del escalpelo, infinitamente más importantes y más numerosos son los que se descubrirán *disecando con el reactivo*. Felices los tiempos que atravesamos, porque ya nadie duda de la importancia de los conocimientos químicos; reputados útiles en todas las carreras, se miran como indispensables para los que cultivan las ciencias médicas. ¿ Y no habrá decaído todavía el valor de los motivos técnicos referentes á la inexperiencia en el manejo de los instrumentos químicos? ¿ Será esto aun excusa para que la Esteckiológia siga formando una rama de la Química? ¿ Subsistirá todavía tan ilógico divorcio entre dos ramas de una misma ciencia?

Véase á propósito de esto el buen sentido que respira el siguiente pasaje que Robin transcribe (1), de una *Memoria anual* sobre *El Progreso de la Química*, presentada por el ilustre Berzelius á la Academia de Stocolmo, el 31 de Marzo de 1842: « El instante se acerca, dice, para la Química animal en que » la experiencia que se ha adquirido por el estudio de las metamorfosis que se » operan en los productos orgánicos de nuestros laboratorios, nos conducirá » á teorías químicas sobre las que se operan en los cuerpos vivos y en donde

(1) Robin y Verdeill, obra citada.

» los químicos, que no presienten la necesidad de conocimientos profundos,  
» especiales y detallados sobre cada una de las partes de la Fisiología en  
» particular, nos indicarán atrevidamente cuales son los fenómenos químicos  
» que tienen lugar en los actos de la naturaleza vital. Esta especie de quí-  
» mica fisiológica fácil, ha nacido en el bufete, y es tanto más dañina, cuanto  
» con más genio ha sido desarrollada; porque la generalidad de los lectores,  
» no sabrán distinguir lo que puede ser exacto de lo que no es más que po-  
» sible ó probable, y de este modo serán alucinados por probabilidades; las  
» considerarán como realidades, y una vez admitidas, se necesitarán esfuer-  
» zos considerables para desterrarlas. Lo fácil que es estudiar de esta manera  
» la Química fisiológica para los que tienen una grande experiencia en Quí-  
» mica y muy desarrollada la facultad de combinar, y probablemente el deseo  
» de ser el primero de dar á luz esta Fisiología de probabilidad, hará nacer  
» una emulación por la prioridad, que precipitará á la ciencia por vía tan  
» errónea ».

En efecto: si prontamente no varía el rumbo que las cosas han tomado, seguirá la confusión, que todos lamentamos, en la parte más exacta de la Medicina, que es esa, que desentendiéndose de ontologías y ficciones imaginarias, abunda en verdades demostradas por la observación y por los experimentos. Cuando, empero, la Esteckilogía llegué á ser universalmente cultivada por los anatómicos, la medicina correrá rápidamente hacia el pináculo de sus más descollantes miras; y no será este un estudio meramente especulativo, una pura curiosidad inclinada á saciar los conatos de saber, en que de continuo se balancea el espíritu humano, *la última ratio*, en fin, de la lógica, sino que estas conquistas trascendrán inmediatamente al terreno de la práctica, y así veremos que la Anatomía se da la mano con la Terapéutica y con la Patología, y que se vincula estrechamente con la investigación toxicológica. ¿Qué es, en efecto, este principio morboso, ese *quid divinum* específico, que con tanto asombro, temor y encono, la Medicina hipocrática ha admitido en el organismo enfermo? ¿Qué esa Providencia curativa, que la Medicina secular, tan fervorosa para ensalzar los prodigios de sus ídolos imaginarios, como propicia para perdonarles sus numerosos y deplorables errores, ha glorificado con el faustoso nombre de *fuera medicatrix*, para, así armada, oponerla á aquella entidad destructora, ni más ni menos que si fuese el ángel custodio de la organización? ¿Qué son, en fin, los agentes terapéuticos de origen farmacológico ú oriundos de la Higiene, cuyas acciones virtuales han sido tan decantadas por las desoladas falanjes globulillares?

La análisis anatómica, conducida hasta sus precisos límites, nos dará razón de todo; nos dirá que los agentes morbosos, naturales ó tóxicos, son principios inmediatos fortuitamente introducidos, ó accidentalmente formados en el organismo, en cuyo seno irá tal vez á demostrarlo; nos explicará la *vita superstes* que espontáneamente cura las enfermedades, por el juego de las afinidades atomísticas de estos mismos principios; y nos dirá, en fin, que el medicamento es un principio inmediato accidental, que obrando de un modo complicado, pero siempre químicamente, ha de modificar de una manera favorable á la economía, si su administración fué guiada por un criterio acertado, y que la ha de perjudicar, si se desacertó la indicación.

Todas estas verdades que (pasadme la expresión), palpitan á flor de ciencia, no son ni pueden ser corolarios de Química, porque los hechos que han

de darlas luz son hechos de orden orgánico, y, por consiguiente, es necesario que las confirmen las ciencias biológicas. La Anatomía las reclama, porque estos hechos son de su legítima pertenencia. No toleremos que por más tiempo sean manoseados por los químicos. Agradecemos, sin embargo, á estos sabios el magnífico impulso con que han hecho rodar hacia las conquistas más positivas á la ciencia de la organización, pero no vacilemos en confesar que gran parte de su trabajo ha sido inútil, porque no se ha ejecutado á la luz de la razón anatómica.

Esa profusión de análisis normales y patológicas de los humores, con que, al parecer, se halla enriquecida la ciencia, son para ella un lujo estéril, porque á nada conduce en punto á resultados positivos, que en Medicina no pueden ser otros que aplicar recursos terapéuticos con el objeto de obtener modificaciones ventajosas para el organismo. Todo lo demás es labrar ciencia para la ciencia, y es desviar los soberanos conatos del espíritu, de la recta senda de la práctica, para engolfarnos en el dédalo de las teorías aéreas.

Y no podemos, sin embargo, quejarnos de los químicos, pues, no siendo en su derrota guiados por luces biológicas, cuando han emprendido la análisis de la organización, no han podido menos que quemar, destruir y desdoblarse cuanto al alcance de sus instrumentos ha caído, porque su objeto final no ha sido nunca estudiar el organismo como organismo, sino analizarlo como á cuerpo. Por esto no hay en estos trabajos un límite prudencial que respete las afinidades naturales de los principios inmediatos; todos los conatos se dirigen á reducir las partes á fórmulas simplicísimas. Ha sido, por ejemplo, una grande satisfacción para estos sabios cuando nos han enunciado que la composición del tubérculo pulmonal se podría expresar por la siguiente fórmula:  $C^{48} H^{70} N^{12} O^{13}$ ; que era  $C^{45} H^{72} N^{12} O^{13}$  la de los tubérculos del hígado, y  $C^{46} H^{78} N^{12} O^{14}$  la de los del cerebro. Porque, para obrar con consecuencia, no se han propuesto pagar un buen estipendio á la Anatomía normal y á la Medicina, reduciendo á una fórmula precisa la composición elemental mediata del músculo, del nervio y del tendón. Esto era lo lógico, pero les ha hecho desistir sin duda la enormidad de la consecuencia.

Esfuerzos vanos, repetimos, porque el Oxígeno, el Hidrógeno, el Carbono y el Azoe, no existen como á tales en las partes del organismo de donde los han extraído, sino que antes importaba considerarlos en sus naturales combinaciones, formando, ora esos principios inmediatos coagulables ó amorfos, ora esos otros productos resultantes de su agrupamiento inmediato, capaces de afectar formas cristalinas más ó menos definidas.

Digámoslo una vez más para terminar: la Química orgánica, que no ha analizado al cuerpo vivo sino á condición de destruirlo, ha hecho á la Anatomía mucho menos bien de lo que parece; y así de lo que principalmente esta ciencia es deudora á aquélla, es de la invención de algunos recursos de extracción, que, más adelante, aplicados con el criterio de las ciencias biológicas, darán, indudablemente, por fruto, las verdaderas semillas de donde la Medicina positiva ha de nacer. — He dicho.

## RESEÑA HISTÓRICA DE LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO MÉDICO DE BARCELONA, 1866.

Señores :

Si al colmo de sentimientos expansivos hubiese de corresponder forzosamente medida plena de elocuencia, y si la satisfacción del espíritu corriese parejas con el tino y la fuerza de la expresión, preciso es declararos que raro sería poder reunir un conjunto de condiciones tan abonadas para el éxito, como las en que se halla constituido el que tiene la honra de dirigiros la palabra. Mas el placer, como la pena, encuentra sus límites como potencia en el mundo psicológico, y así como el hondo pesar desgasta los bríos del ingenio y puede hundirnos en el piélago de la indiferencia, el placer moral, sentido hasta los límites de lo sublime, destempla también, siquiera sea de un modo pasajero, los resortes de que el alma se sirve para abalanzarse al mundo exterior. Y como no sería cordura explorar las preciosidades que en su seno retiene el Océano, mientras Eolo enfurecido revuelve sus entrañas, encrespa sus olas bramadoras y vacía abismos en la espejeante superficie de las aguas, para echar la sonda en los mares del entendimiento, no es la ocasión más oportuna mientras vivimos en el tumulto de los afectos, y mientras el despótico imperio del sentimiento impone límites en el horizonte visual de la razón.

Acéptese, pues, como moneda corriente la rebotante satisfacción que aquí domina, y aplíquese ésta para excusarnos de llegar á la altura que deberíamos alcanzar, habida razón del mérito de los motivos y para corresponder á los timbres de vuestra ilustrada consideración.

---

La sesión pública inaugural de instalación del *Instituto Médico de Barcelona* no es un hecho concreto, y sin más significación real y perentoria en la cadena de los tiempos que el estreno de una Corporación científica, como tantas otras, encaminada á multiplicar los numerosos brazos del progreso

verdadero ; la instalación del *Instituto Médico de Barcelona* significa todo esto, y aunque así solo ya no sería escasa su importancia, es muchísimo más que esto.

¿Qué es ?

Busquemos la contestación en el terreno de los hechos ; bosquejemos los rasgos más culminantes de la corta, pero peregrina historia de la apenas nacida Sociedad científica.

Si en el orden físico está demostrado que la magnitud y trascendencia de los efectos no guarda ninguna relación con la cuantía de las causas, porque vemos que una gota de rocío, entumeciendo y ocasionando la rotura de los gránulos del polen, basta para motivar la fecundación de los ovarios y la consiguiente producción de nuevos seres, en el orden moral no es menos ostensible la falta de relación cuantitativa entre lo fenomenal y lo causal. Arquímedes resuelve el problema de la composición de la corona de Hieron, rey de Siracusa, con sólo observar en el baño que su cuerpo es más ligero en el agua que en el aire, y por esta vía se ve conducido á establecer las leyes del peso específico de los cuerpos. El movimiento alternativo del ascenso y descenso de las tapaderas en las vasijas repletas de agua hirviendo, hace descubrir á Dalton un motor poderosísimo, que más tarde, aplicado por Wat á la mecánica, da por resultado la casi anulación del tiempo en el espacio, y desde entonces la locomotora, sondando las entrañas de los montes, contribuye asombrosamente á la comunión de la idea. El cometa de Franklin enseña á domar el rayo, y el mortífero dinamídeo, puesto en manos de Salvá, se trueca en arma poderosa de civilización y de fraternidad entre los pueblos... Y ¿quién sabe, señores, lo que la civilización tendrá que agradecer á estos pequeños fenómenos que, reputados por el vulgar sentido hijos del acaso, caen fuera de la común actividad psíquica, al paso que, para el filósofo, son tal vez el grito incesante de la actividad de la materia ?

Si, pues, ha sido modesta la cuna en donde las más colosales conquistas de la inteligencia han exhalado su primer vagido, ¿qué mucho que no sea de orgullosa alcornia la idea del *Instituto Médico de Barcelona* ?

No esperéis, pues, que os digamos que nuestro Instituto fué concebido en el seno de una grave Academia de Medicina que, preñada de gloria y excedente de ciencia, para descartarse de la sobrante savia, se veía obligada á retoñar ó á florecer en alto ; bien sabéis que no suele ser este el bello defecto de nuestras Corporaciones científicas ; no ignoráis tampoco, espíritus que veis claro, que á algunas Corporaciones de oficio, nacidas para enaltecer las glorias del país en el orden intelectual, les pasa lo que á ciertas Lesbias en decadencia, que antes de renunciar al raso y al acerico, prefieren perecer de inedia, tras las horribles convulsiones de la autofagia. Tampoco esperéis, que el *Instituto* tome cuerpo en una reunión de sabios *ad hoc* convocada con meditada antelación por algún oficioso ordenador de inteligencias. Nada de esto ; la formación del Instituto es en el orden moral un hecho evidente de generación espontánea, y no se eche á broma, que os aseguramos que nació á la postre de un festín.

Llamadle ahora, si queréis el hijo del Carnaval ; pero entonces, ¿ por qué la sátira no muerde en la majestad del príncipe de los astros, ya que cada día surge en su esplendente carro de entre los caprichosos arreboles que co-

ronan la sien de la mañana, y entre la festiva y discordante algazara de cierzos que zumban en la enramada, de arroyos que murmuran entre peñas y de aves que gorjean al abandonar sus nidos? Sí; la idea de nuestra coalición científica viene á despuntar entre chistes y entre estampidos del vaporoso vino de Champagne. Esta es la verdad... ¿Por qué no decirla alto? ¿Sería caso de desistir ante el pueril temor de que la maliciosa chismografía, á veces no reñida con la envidia caquética y desmirriada, venga á hincar su virulento diente en el primer episodio del Instituto?

El día 5 de Enero, en la Fonda española, con motivo de celebrar la recepción de Licenciado en Medicina del Doctor en la propia Facultad en la escuela de Nueva Orleans, D. Narciso Hereu y Matas, fueron comensales en una comida con que el nuevo médico español obsequiara al Dr. D. José de Letamendi, que acababa de presentarle ante el Claustro universitario, los señores Catedráticos, D. Juan de Rull y D. Lorenzo Vidal; los médicos D. Carlos Ronquillo y el que tiene la honra de hablaros, y los alumnos de la Facultad de Medicina D. José Crous, D. Vicente Xuclá y D. Eusebio Martí.

La casualidad, pues, y podemos asegurar que fué obra exclusiva de la casualidad (en la acepción vulgar de esta palabra), reunía bajo un mismo techo y con el plausible objeto de una expansión festiva en el seno de la amistad, á una representación igual de las tres clases de personal que entraña el Instituto: tres catedráticos, tres médicos y tres alumnos.

Reparando y haciendo mérito de esta mixtión en igualdad de proporciones, tuvo el Dr. Letamendi la dichosa ocurrencia de alzar un brindis á la instalación de una Corporación científica formada de profesores y de alumnos. Y hé aquí, señores, el primer momento, el *punctum saliens*, si se me pasa la comparación, del *Instituto Médico de Barcelona*.

Si tuvo eco la proposición, si fué unánimemente aceptada, ni hay que decirlo; había hablado el Dr. Letamendi, y todos sabéis si es elocuente su voz, y todos sabéis si hierve de entusiasmo quien tiene la dicha de oírle... Sentimientos de delicadeza, fáciles de comprender y afecciones personales del género intimidad, obstruyen aquí la marcha de la pluma en el terreno apologético. Contentémonos, á fuer de sobrios, con rendirle al Dr. D. José de Letamendi la merecida consideración de *Iniciador del Instituto*.

Mas lo que no sabía el Dr. Letamendi, y lo que ignoraban algunos de los comensales, es que hacía ya algún tiempo que la modestia velaba con tupido manto á una entidad corporativa de origen esencialmente escolar, que con el título de *Sociedad de emulación para los estudios anatómicos*, venía funcionando precisamente bajo la égida de libertad y tolerancia con que va á entrar en ejercicio el nuevo *Instituto*.

También es preciso renunciar á describir el aplauso con que se supo, á continuación de haber hablado el Dr. Letamendi, que su idea era ya un hecho, que la semilla en su mente formada era, no sólo una semilla fecunda, sino que podía desde luego ser arrojada en el ávido suelo de plena germinación.

Mas dejemos que transcurran tan solo algunos días, para que el germen ingerido en el terreno de la conciencia arraigue en tanto sólidamente en la reflexión, que luego de vernos resquebrajar la térrea corteza para venir á ostentar su infantil lozanía á la faz del mundo moral, y mientras nos figuramos que esos días de incubación transcurren, aprovechemos el tiempo para

narrar el tan glorioso como humilde anamnóstico de la *Sociedad de emulación para los estudios anatómicos*.

Aquí el autor de esta *Reseña histórica* quisiera que su personalidad quedase completamente desvanecida por la importancia de los hechos; quisiera que la sombra que proyectan los sucesos que se van á relatar le sirviera de manto protector para su motivadísima modestia; pues, para no faltar á la verdad histórica se ve desde este momento obligado á llamar vuestra delicada atención sobre cosas que le atañen personalmente.

Un profesor, cuyo espíritu, aunque probado en el crisol de los humanos desengaños, está aún muy lejos de sentir sobre su cabeza la nieve de la experiencia, y cuyo orgullo se cifra en que se le considere pecador impenitente de fe y de admiración por el entusiasmo de la juventud escolar, porque en su pecho adulto siente aún latir un corazón de estudiante, que le impulsa á buscar la vida del alma en el espacioso y puro ambiente de generosidad y donosura, que sólo despide el hombre en los albores de la existencia, este profesor, que no es otro que el que recibe la gracia de vuestra atención, propuso hace más de cuatro meses á dos alumnos de Medicina la creación de un Gimnasio para la inteligencia, cuyos elementos fuesen seis de los alumnos más distinguidos de cada uno de los cursos, y con el exclusivo objeto de explayarse en el manejo de la palabra improvisada, eligiendo como campo práctico para estos ejercicios los conocimientos anatómicos, ya que este ramo es el más difícil y el más sólido cimiento de la educación médica. Los señores D. José Crous y D. Eusebio Martí, alumnos el primero del tercer año y del segundo el último, fueron los que con esta confianza recibieron el encargo de reclutar en sus respectivos cursos el personal que para el caso necesitábamos.

Y digámoslo como á testimonio de exaltación de la clase y para eterna confusión de descreídos, que en el estudiante no quieren ver más que un ente atareado que marcha sin cesar á la zaga de placeres livianos, y que si al estudio se apega y si asiste á las aulas, es sólo arrollado por el terrible pánico de un día juicio, ó por temor de faltas que le rayen de la lista: Señores: antes que se inaugurase el presente curso sobraba personal, y de no escaso mérito, que anhelaba inscribirse en la anunciada reunión escolar, que si frutos por un lado prometía, exigía en cambio trabajo no escaso y cuantiosos sacrificios de independencia.

El día 10 de Diciembre, después de una reunión preliminar, en que se acordó y nombró una Comisión para redactar el Reglamento, quedó de hecho instalada la *Sociedad de Emulación para los estudios anatómicos*, y el día 1.º de Enero celebró su primera sesión científica. La naciente Sociedad se organizó de una manera bien especial, y así en su Reglamento es de ver cómo se dice que no tendrá ni Presidente, ni Secretario, ni Tesorero, ni fondos... primer hecho seguramente en la historia de las asociaciones humanas, en que antes de nacer, se pensó en matar el principio de dominación y de condensación de autoridad, que so pretexto del elemento orden, podría en nuestro caso abrogarse una autocracia que nada podía legitimar, y que hubiera, á buen seguro, sido motivo de ruina para la Corporación. La Presidencia era, pues, constituida en el acto por el socio de más edad y más académicamente categorizado, y la Secretaría de actas era desempeñada por el individuo que había actuado en la anterior sesión, haciendo él mismo la reseña de



su discurso. Con esta organización esencialmente fraternal y con esta concordancia de espíritu, sólidamente encaminada á la expansión del entendimiento, ¿cómo no augurar un lisonjero porvenir á la *Sociedad de emulación*? Cuatro brillantes sesiones, cuyos extractos se hallan oportunamente consignados, forman prueba plena de lo que puede dar de sí la juventud puesta en vías de progreso.

Y quedaría un hueco sobrado ostensible en el bosquejo histórico de la vida de esta Sociedad, si no quedase sentado que, á las generosas miras del Dr. Hereu, debió un asilo para celebrar sus sesiones; el reconocimiento por este distinguido favor consta en un voto de gracias inserto en el libro de actas.

Pero, señores, hora es ya de que asistamos al conflicto de los dos espíritus corporativos, que en nombre de la ciencia hemos visto, como por instinto, iniciarse en esta ciudad en tiempos y sitios próximos.

Hacé poco hablábamos de una semilla que hemos dejado ingerida en las entrañas del sentido íntimo, y como el suelo estaba ávido de germinación, porque sobre la madre tierra no había aún pasado el primer barbecho, podremos abrigar la certeza de hallar un embrión vivaz que pugna con energía para desnudarse de sus cotiledones, y que no más al percibir el frescor de la somera escarcha, dará muestras irrecusables de lozanía, y tal promesa segura de macrobiótica duración.

Pero todo en la naturaleza tiene su predisposición y su ocasión inmediata; no viene la lluvia á lavar el infecto suelo de la atmósfera sin que la evaporización la preceda, y antes de que densos y preñados *cirrus* ó caprichosos y encastillados *cumulus* se tiendan voluptuosos sobre el azulado ámbito; ni la serpigina centella quiebra densos celajes y se hunde en el seno de los montes, sin que previamente se encuentren reunidas las correspondientes condiciones de incompetencia de electricidades entre las brumas y la tierra. Todo hecho social de alguna importancia supone una predisposición más ó menos próxima, y así las grandes revoluciones que no han abortado al nacer, han venido después de una preñez de muchos lustros. Las portentosas fuerzas del espíritu de libre examen fermentan por doquiera, y en nuestro suelo, como en los terrenos plutónicos, no han faltado cráteres diseminados que arrojaban lava candente de fe y de entusiasmo para la ciencia. Mas faltábales á estas fuerzas dispersadas el *consensus*, que vinculándolas todas en estrecho lazo, había de evitar su desperdicio y las había de disponer admirablemente para la multiplicación indefinida. Y este *consensus*, cien veces iniciado, otras tantas, como el ave Fénix, convirtióse en árida pavesa, inflamado en un sobrante ardor, que hacía tan sólo la apología de unos pocos... El terreno no estaba preparado para recibir el rocío fecundante del espíritu de asociación, que es como decir el genio del progreso, el aura de gloria de la revolución triunfante.

El día 21 de Enero la *Sociedad de Emulación*, celebraba precisamente en el mismo recinto en que hoy nos hallamos reunidos, su cuarta sesión científica. La concurrencia de escolares era aquel día mayor que de costumbre, porque sabiéndose de antemano que en este día iba á tratarse de la organización del *Instituto*, habíanse abierto las puertas de la Sociedad á muchos que no eran socios, y que habían significado deseos de asistir para enterarse del caso.

Comenzada la sesión, entró el Dr. Letamendi, y acto continuo, habiendo

sido invitado por el que suscribe, ocupó la Presidencia, aceptando el encargo de resumir, como en efecto lo hizo, sobre la cuestión anatómica que era objeto del debate.

Terminado el acto científico, por insinuación de la Sociedad, el Dr. Letamendi expuso en breves y elocuentes palabras, que fueron sentidas con manifiesto aplauso, la idea del *Instituto Médico de Barcelona* (que así hubo nombre desde aquel momento), é hizo mérito de las bases de libertad, tolerancia é igualdad bien entendida con que podía llevarse á cabo esta empresa. La *Sociedad de Emulación para los estudios anatómicos* aceptó con fervor esta gigantesca evolución á que se la invitaba, y de igual asentimiento participaron cuantos escolares se hallaban presentes. Declaróse en seguida que para la consecución del soberano logro que acababa de concebirse, se contaba con la eficaz adhesión y cooperación de los señores Catedráticos D. Juan de Rull, D. Narciso Carbó, D. Joaquín Cil. D. Carlos de Sioniz y D. Lorenzo Vidal y de algunos otros profesores de no escasa valía, siquiera no tengan puesto oficial en la enseñanza.

Para testimonio del acto que acababa de celebrarse, los que se hallaban presentes firmaron en una lista su consentimiento en la cooperación para erigir el *Instituto*, lista que desde luego había de servir de núcleo para las sucesivas adhesiones.

Como rasgo de generosidad laudable y como á acto de desprendimiento en aras de la ciencia, cuyo valor á nadie podrá ocultársele, debemos decir que hubo no pocos estudiantes que en el acto, y á pesar de haberles exhortado á lo contrario, quisieron pagar al *Instituto* la primera mensualidad, y tal fué preciso aceptársela.

Tras esto se nombró por aclamación una *Junta iniciadora* para que directamente entendiera de la redacción del Reglamento y demás asuntos conducentes á la instalación del *Instituto*, y esta deferencia recayó en los doctores Letamendi, Hereu y en el que suscribe.

Delicado por demás y sembrado de espinas era el cometido de la *Junta iniciadora*, pues si por un lado contaba con un poder discrecional que le confiriera el hecho de la aclamación, por otro debía poner en contacto y convergencia manifiesta intereses de dos clases naturalmente distintas, á lo menos en el tiempo, si no se quiere en la esencia. Para salir bien librado del empeño, la *Junta iniciadora* adoptó como á punto de mira, y lo consiguió en primer término en el Reglamento, el objeto del *Instituto*: «El mayor progreso de la ciencia y la mayor eficacia del arte, para honra de la profesión y para bien de la humanidad». Así podía estar segura la Junta de que no desviando las tendencias del Reglamento de este punto de reparo, todo cuanto hiciera no podía menos que redundar en pro de la exaltación de los miembros del *Instituto*.

Con tal asiduidad trabajó la Junta, que en menos de una semana llegó á formar un croquis bastante completo del Reglamento para con él asesorarse en primera instancia de la cualidad de su producto. Al efecto, el sábado 27, ante una corta pero selecta reunión de catedráticos y de personas de larga y acreditada vida académica, se leyó el anteproyecto de Reglamento, y con este motivo la *Junta iniciadora* tuvo el doble placer de ver aceptada la totalidad de su obra y de poderla mejorar notablemente, en virtud de algunas importantes observaciones que hicieron las personas consultadas.